

taís cargos; porque habiendo nacido en Génova, he venido á Castilla á servirles y he descubierto al Oeste la tierra firme, las islas y las Indias... Mi hijo poseerá mi título de almirante de la parte del Océano que está al Oeste de la línea tirada de polo á polo...»

Pasando en seguida al empleo que debía darse á las rentas que le asignaban sus contratos con la reina doña Isabel y con D. Fernando, distribuía con liberalidad y prudencia entre sus hijos y Bartolomé los millones que debía recibir su familia; asignando la cuarta parte á Bartolomé y dos millones anuales á Fernando. Recordaba también á doña Beatriz Enriquez, madre de D. Fernando, con la que no estuvo casado (1), cuyo abandono, durante sus largos años de peregrinación por los mares, le remordía la conciencia. Encargaba á su heredero asignase opulenta pensión á aquella compañera de sus días oscuros, mientras luchaba en Toledo con los rigores de su primera suerte. Parece también que se acusaba de ingratitud ú olvido hácia el objeto de su segundo amor, porque añade al legado que le hacía, estas palabras, que debieron pesar mucho á su moribunda mano:

«Y que esto se cumpla para descargo de mi conciencia, porque este nombre y este recuerdo pesan mucho sobre mi alma.»

Refiriéndose despues á su primera patria, á la que nunca hace olvidar la de adopción, tuvo un recuerdo para la ciudad de Génova, de la que el tiempo había arrancado su casa paterna, pero en la que quedaban algunos parientes lejanos suyos, como esas raíces que quedan en el suelo despues de cortado el tronco.

1) Véase la nota de la página 24.

«Mando á mi hijo Diego—escribía—que mantenga siempre en la ciudad de Génova un miembro de nuestra familia, que residirá continuamente en ella con su esposa, y que le asegure honrosa existencia cual conviene á pariente nuestro. Quiero que esto pariente conserve pié y nacionalidad en aquella ciudad, en calidad de ciudadano, porque allí nací y de allí he venido.

»Que mi hijo—añade con el sentimiento caballeresco de vasallaje y de infeudación de la propia persona al soberano, que era la segunda religión de aquel tiempo,—que mi hijo sirva, en memoria mía, al Rey, á la Reina y á sus sucesores, áun á costa de los bienes y de la vida, puesto que, despues de Dios, ellos son los que me proporcionaron medios para hacer mis descubrimientos.

»Verdad es—dice en seguida con involuntaria amargura, parecida á una queja mal sofocada en su memoria—que desde muy léjos vino á ofrecerles, y que pasó mucho tiempo ántes de que se dignasen creer en el presente que traía á sus Majestades; pero natural era que sucediese así, porque se trataba de un misterio para todo el mundo, y solamente podía inspirar incredulidad. Por esta razón debo yo compartir mi gloria con aquellos soberanos que fueron los primeros en fiar en mí.»

LXV.

En seguida reconcentró Colón todo su pensamiento en Dios, al que había considerado siempre como su verdadero y único soberano; pareciéndole que dependía directamente de aquella Providencia, de la que sentíase, más que otro alguno, ministro é

instrumento. Los dos resortes de su vida, la resignación y el entusiasmo, no le faltaron en su muerte. Humillóse bajo la mano de la naturaleza y se irguió bajo la de Dios, al que siempre había visto entre sus triunfos y reveses y al que veía más cerca en el momento de su partida de la tierra. Anonadóse bajo el peso de sus faltas y en la esperanza de su noble inmortalidad. Poeta de corazón, como se ha visto en sus discursos y en sus escritos, tomó de la poesía sagrada de los psalmos las últimas inspiraciones de su alma y los últimos balbuceamientos de sus labios, pronunciando en latín el supremo adiós á este mundo, y entregando en alta voz su alma al Criador: siervo satisfecho de su obra y despedido del mundo visible que había ensanchado, marchaba al mundo invisible para morar en el espacio inconmensurable de los universos infinitos.

LXVI.

La envidia é ingratitude de su siglo y de su soberano se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre que fué su víctima. Los contemporáneos se apresuran siempre á expiar en los muertos las persecuciones con que afligen á los vivos. Tributáronse á Colon exequias reales; su cuerpo, y más tarde el de su hijo, despues de descansar en varios monumentos fúnebres en diferentes catedrales de España, fueron trasportados y sepultados, según sus deseos, en la Española, como el conquistador en su conquista. Actualmente reposan en Cuba. Pero por incomprensible disposición divina, ó por ingrata inconsecuencia de los hombres, de todas

aquellas tierras de América que se disputaron el honor de guardar sus restos, ninguna guarda su nombre.

LXVII.

Reúnense en Cristóbal Colon todos los caracteres del verdadero grande hombre: genio, laboriosidad, paciencia, oscura suerte vencida por la fuerza de carácter, perseverancia suave, pero inquebrable, resignación al cielo, lucha contra las circunstancias, prolongada meditacion de su designio en la soledad, ejecución heroica del pensamiento en la acción, intrepidez y serenidad ante los elementos en las tempestades y ante la muerte en las sediciones; confianza en el destino, no de un hombre, sino de la humanidad; desprecio de la vida al penetrar sin mirar atrás en aquel Océano desconocido y lleno de fantasmas, Rubicon de mil quinientas leguas mucho más decisivo que el de César; estudio infatigable, conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo; manejo hábil, pero honrado, de los corazones para atraerlos á la verdad; urbanidad, nobleza y dignidad en las formas exteriores, que revelaban la grandeza de alma y que atraían ojos y corazones; lenguaje elevado, como los pensamientos; elocuencia que convencía á los reyes y domaba las sediciones de los marineros; poesía de estilo, que ponía sus relatos al nivel de las maravillas de sus descubrimientos y de las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo á la humanidad hasta relegado en aquel alejamiento donde ésta no recuerda nunca á los que la sirven; prudencia de legislador y templanza de filósofo en el gobierno de

sus colonias; cariño paternal hácia aquellos indios, niños de la raza humana á quienes queria dar en tutela al viejo mundo, y no como esclavos á opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en el perdon á sus enemigos; religiosidad, en fin, virtud que comprende y diviniza todas las demas, cuando llega al grado en que la atesoraba el alma de Colon; presencia constante de Dios en su espíritu, justificacion en la conciencia, misericordia en el corazón, gratitud al Señor en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion siempre y en todas partes.

Ninguno conocemos más completo, y pudiera decirse que comprende muchos en uno solo. Digno era de personificar el mundo antiguo ante aquel mundo desconocido, al que iba á ser el primero en abordar, llevando á aquellos hombres de otra raza todas las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios. Inmensa fué su influencia en la civilizacion. Completó el universo y terminó la unidad fisica del globo, adelantando infinitamente más de lo que habia adelantado hasta entóuces, la obra de Dios, LA UNIDAD MORAL DEL GÉNERO HUMANO. Esta obra, á la que Colon contribuia en medida tal, era, en efecto, demasiado grande para que obtuviese por recompensa la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. No lleva su nombre América; pero el género humano, que él aproximó y reunió, lo proclamará siempre en todo el globo.

GUTTENBERG.

f.

La imprenta es el telescopio del alma. Así como el instrumento óptico llamado *telescopio*, aumentándolos, acerca á los ojos todos los objetos de la creacion, tanto los átomos como los astros del universo visible; así la imprenta acerca y pone en comunicacion inmediata, continua, perpétua, el pensamiento del hombre aislado con todos los pensamientos del mundo invisible, en el pasado, en el presente y en el porvenir. Hase dicho que los caminos de hierro y el vapor suprimian la distancia, y decirse pueda que la imprenta ha suprimido el tiempo. Gracias á ella, todos somos contemporáneos. Yo hablo con Homero y Ciceron; los Homeros y Cicerones de los siglos venideros conversarán con nosotros, de suerte que es posible vacilar ántes de decidir si la prensa tiene tanto de verdadero sentido intelectual que Guttenberg reveló al hombre, como de máquina material. Sin duda alguna, entran en ella papel, tinta, caracteres, cifras, letras que caen bajo el dominio de los sentidos; pero al mismo tiempo salen pensamientos,